

perlas cultivadas



DAVID LYNCH
DIRECTOR DE CINE NORTE-AMERICANO (1946)

Preferiría suicidarme a hacer una película en la que yo no tenga la última palabra sobre el resultado final.

Yo empecé como pintor, en la escuela de Bellas Artes, pero un día estaba delante de un cuadro y me pareció ver que algo se movía en él. Desde entonces intento combinar sonido e imágenes de la mejor manera posible.

Hay quien dice que el público no quiere pensar, sino que prefiere que le den las cosas ya masticadas. Eso son chorradas. A la gente le encanta pensar.

Todos somos detectives, tenemos capacidad para prestar atención y sacar nuestras propias conclusiones. Y eso es francamente lo que hay que aspirar cuando hablamos de una obra de arte.

Los sueños verdaderamente importantes son los que tienes cuando estás despierto, ya que cuando duermes no los controlas. A mí me gusta sumergirme en un mundo onírico que yo he construido o descubierto; un mundo que yo elijo.

A veces me enamoro de una idea e intento convertirla en película, de la misma manera que a un pintor se le ocurren ideas que quiere plasmar en un lienzo. Es una experiencia personal muy grata, y siempre esperas que los demás sientan lo mismo que tú. Esa esperanza es lo que justifica mi trabajo.

La amnesia se parece de alguna manera a la interpretación: un buen actor renuncia a su propia identidad y se convierte en otra persona.

Todo el mundo, incluso yo, tiene ganas de perderse y entrar en un mundo nuevo. El cine te da esa oportunidad.

El espectador jamás ha de permanecer inmóvil ante lo que está viendo: o participa y se involucra o queda excluido, relegado a la superficie real, incapaz de entender y sentir la experiencia a la que esta expuesto.

Nos mejoramos a nosotros mismos en nuestros recuerdos. Nos vemos actuando mejor en el pasado y tomando mejores decisiones; y somos más encantadores y nos fiamos más de nosotros de lo que probablemente merecemos. Lo endulzamos como locos para poder seguir viviendo. Probablemente, un recuerdo exacto del pasado sería deprimente...

entrevista Helen Epstein

“América tiene una cultura del olvido”

La autora dice que los países de inmigrantes poseen una identidad más vaga. Aquí, su apasionante historia.



MARIEL FITZ PATRICK

Tras la muerte de su madre —una sobreviviente del Holocausto—, ocurrida en 1989, Helen Epstein inicia una búsqueda para recuperar la historia familiar, atravesada por las dos guerras y el nazismo. Tomando como punto de partida el breve texto autobiográfico que le dejó, decide viajar de Nueva York a Checoslovaquia, la tierra de sus antepasados, donde a partir de entrevistas y la consulta de archivos abiertos tras la caída del Muro de Berlín, reconstruye la vida de su madre, su abuela y su bisabuela. La crónica de estas tres generaciones femeninas arranca en 1850 y excede ampliamente el relato personal. Con rigurosidad histórica se remonta a los orígenes de la presencia judía en Europa central y abarca desde la consolidación de su elite burguesa, el acceso de las mujeres a la vida pública y la asimilación de los judíos en la República checa, hasta el creciente antisemitismo, la vida en los campos de concentración y el comunismo.

—¿Qué le impulsó a buscar y escribir la historia familiar luego de la muerte de su madre?

—Si bien ella tenía una identidad judía, nunca fue religiosa por lo que en su testamento había dejado explicitado que no quería el ritual judío en su funeral. Como la ceremonia duró sólo 15 minutos y después fue cremada, de acuerdo a sus deseos, no tuve oportunidad de llorarla. Escribir este libro fue mi propio proceso de duelo.

—¿Por qué centró el relato en los personajes femeninos de su familia?

—Antes que nada, por la influencia de la irrupción del feminismo cuando era estudiante universitaria, a principios de los 70, en una época en que todos los profesores eran hombres. De hecho, luego, me convertí en la primera mujer profesora de Periodismo en la Universidad de Nueva York. Entonces, cuando pensé en escribir este libro, decidí que fuera desde el punto de vista femenino. El

EPSTEIN BASICO

PRAGA, 1947

Nació en Checoslovaquia pero antes de cumplir el año, sus padres de origen judío emigraron a los Estados Unidos. En los 70 comenzó a colaborar en la revista dominical del New York Times. Es autora de “Children of the Holocaust”, “Music Talks” y “Joe Papp. An American life”. Publicado originalmente en 1997, “Tras la historia de mi madre” fue elegido uno de los mejores libros del año por el suplemento literario del New York Times y acaba de ser editado en español en el país por El Ateneo.

otro motivo es que, en Europa Central, la sociedad siempre fue muy machista y quise rescatar el lugar de las mujeres.

—¿Por qué afirma en su libro que la relación con su madre fue tan “apasionada” como “complicada”?

—Porque desde muy chica y quizás debido a que ella no tenía mucha compatibilidad con mi padre, yo fui su confidente. Eramos muy compinches e, incluso, muy parecidas físicamente. Por eso, y pese a que la consideraba una heroína, fue muy difícil para mí encontrar mi propio camino.

—Tratándose de su familia, ¿por qué decidió encarar la investigación con una rigurosidad histórica?

—En primer lugar, porque en mi familia no tenemos objetos o documentos del pasado. Ninguno de los sobrevivientes del Holocausto tiene una sola fotografía familiar ni otros objetos de valor personal. Esto significa no saber cómo era la cara de tus abuelos muertos, ni siquiera poder imaginarlos. Esa fue una de las razones por las que quise rastrear archivos y fotos de mi familia. En mi caso, pude rescatar varias porque amigos de mis padres no judíos las escondieron. La otra es que, aun

hoy, hay quienes niegan el Holocausto por lo que decidí contribuir a documentar lo que pasó y hacer una investigación que duró siete años.

—¿Qué valor le asigna a la recuperación del pasado y la memoria?

—Muy alto. Es una cuestión interesante en la Argentina, donde creo que al igual que en los Estados Unidos y otros países del continente fundados por inmigrantes, hay una cultura del olvido. Esos inmigrantes dejaron atrás su pasado para comenzar otra vida en un nuevo mundo. En mi caso, al tener padres europeos y tantas pérdidas en mi familia, valoro más el pasado que muchos norteamericanos.

—¿Cuáles son las consecuencias de no tener pasado en términos individuales y sociales?

—Tener raíces permite saber mejor quién es uno. Uno de los problemas de los EE.UU., y quizás también de la Argentina, es que su identidad como país es más vaga. Puede venir un líder fuerte y todos lo siguen.

—¿Encontró sus raíces con este libro?

—Absolutamente, sí. Además, me permitió entender mejor aspectos de la compleja personalidad de mi madre y la relación con sus propios padres. Y eso no sucedió hasta que no entrevisté a personas que los conocieron.

—Empezó a coser la ropa de sus hijos luego de la muerte de su madre, como “una forma de narrar”...

—Sí. Vengo de una abuela y una madre que fueron reconocidas modistas, pero a mí nunca me gustó coser. Comencé a hacerlo recién después de su muerte porque sentí que tenía que ver con poner las distintas piezas juntas (los retazos de mi historia) y también con el concepto de reparación. La costura había sido muy importante para ellas ya que las ayudó a mantenerse vivas, tanto al permitirles ganarse el sustento, como mentalmente, dándoles una razón a sus vidas en medio de la adversidad.